

---

CARLOS MIRANDA VERGARA  
Licenciado en Filosofía, Universidad  
de Chile, Master of Art en Ciencia  
Política, Universidad de  
Georgetown. Coordinador Programa  
de Magister de este Instituto.

---

## De las ilusiones ideológicas a las seducciones del mercado

El desencanto masivo por la política es un tópico que hoy provoca preocupación tanto a políticos como a politólogos. El fenómeno parece afectar a diferentes sociedades y, principalmente, a ciertas sociedades democráticas. En Chile, según datos proporcionados por la encuesta de opinión pública realizada en el mes de junio de 1995 por el Centro de Estudios Públicos, el 67% de los encuestados ha declarado un bajo interés por la política. El tema es importante y justifica una reflexión acerca de sus posibles causas y proyecciones. Mi hipótesis es que el problema es real, pero transitorio. Vivimos un momento de transición histórica en el que los tradicionales paradigmas teóricos y prácticos empleados en los distintos ámbitos de la realidad ya no nos sirven, pero aún no hemos encontrado nuevos modelos sustitutos de los que hemos desechado.

Muchos países en diversos lugares del mundo han experimentado en los últimos años procesos de transición política y económica. Y aunque cada uno de estos procesos ha tenido sus características propias debido a las peculiares situaciones y dificultades que en cada caso ha sido preciso enfrentar, todos ellos

parecieran insertarse en un movimiento transicional mucho más amplio y profundo que los engloba y alimenta. El gran prisma utilizado durante largo tiempo para ver la política y para actuar en ella —el prisma que conformaban las ideologías— ha caído despedazado repentinamente ante nuestros ojos. Ahora percibimos que era un prisma distorsionador, engañoso, en el que, por lo tanto, ya no podemos creer y del cual conviene desprenderse completamente.

Vivimos, pues, un momento de transición. Ahora bien, en toda transición se sabe desde dónde se transita pero se suele ignorar hacia dónde se hace. El mundo que conocíamos, conformado y cohesionado en sus estructuras, sus principios, sus valores y creencias, a través de los prismas orientadores que proporcionaban los grandes sistemas ideológicos, ya no nos satisface más, porque hemos perdido la fe social viva en la supuesta capacidad de las ideologías de dar efectiva respuesta y solución a nuestros problemas y aspiraciones. Pero como aún no hemos hallado nuevos asideros vitales, nos encontramos en medio de un desazonante vacío.

### **El actual vacío ideológico**

En la actualidad, en efecto, casi nadie parece dispuesto a impugnar seriamente la profundidad de la crisis que afecta a las ideologías políticas, cuya presunta muerte ha sido proclamada con diversos grados de entusiasmo o de nostalgia. Si consideramos, sin embargo, el importante rol social que durante los dos últimos siglos —para bien o para mal— han cumplido tales ideologías, en cuanto modelos organizadores y cohesionadores de las aspiraciones e intereses de grandes colectivos humanos, podremos apreciar la magnitud del vacío que deja ante nosotros su eventual desaparición. Tal vez ésta aún no se ha consumado del todo, pero ciertamente las ideologías han perdido el vigor y la capacidad aglutinante y movilizadora de multitudes que tuvieron durante buena parte del presente siglo.

Tal vez sea el sumergimiento en un vacío ideológico —que

involucra también un vacío valórico— lo que caracteriza nuestro momento histórico, el cual pareciera tener como una de sus tendencias dominantes un desplazamiento en el interés público desde los asuntos políticos hacia los económicos. Tal desplazamiento no sería sino una manifestación de ese vacío, que implica el abandono de los ambiciosos proyectos de transformaciones sociales que expresaban las ideologías, en cuyo lugar aparece ahora un extendido e inmedatista pragmatismo que sólo busca satisfacerse en el logro de metas materiales de corto plazo.

¿Qué es lo que ha pasado? ¿Cómo y por qué hemos llegado a esta situación?

En los últimos años hemos asistido a una serie de sorprendentes y profundos cambios políticos cuyas consecuencias han excedido el ámbito de lo propiamente político y se han extendido a las más diferentes esferas de la actividad humana. La principal causa de tales cambios ha sido, sin duda, el derrumbe del comunismo, fenómeno que ha transformado los escenarios políticos, sociales, económicos, culturales, morales, estratégicos, geográficos, y hasta religiosos, no sólo de los pueblos que estuvieron sometidos a su dominio, sino que también ha alterado los escenarios de las sociedades que fueron adversarias de tal sistema.

Nadie discute que la caída del comunismo ha sido uno de los acontecimientos más importantes del presente siglo. Se comprende que las consecuencias de ese hecho hayan sido profundas y multifacéticas y que continúen manifestándose hasta el día de hoy en los países que conformaron la llamada “órbita soviética”. Pero quizás sea menos comprensible por qué y en qué medida tal acontecimiento ha involucrado también a Occidente.

Para intentar entender este fenómeno y sus causas, creo conveniente partir considerando lo siguiente: debido a las características totalitarias y totalizantes del comunismo, su crisis terminal, como la llamó Brzezinski (*Brzezinski*, 1989), no sólo ha constituido un acontecimiento político y económico, sino que ha significado la pérdida de una visión de mundo que proporciona-

ba respuestas a todos los problemas en todos los ámbitos humanos. Por esta razón, su derrumbe ha afectado las raíces valóricas y las creencias básicas de millones de hombres en el mundo entero que han visto desvanecerse sus ideales, sus modelos, sus valores, sus puntos de referencia; en una palabra, todos sus asideros vitales, en los que se apoyaban, o con los que contaban para el desarrollo de sus vidas, y que parecían tan sólidos.

Pero la caída del comunismo ha significado la caída paralela del “anti-comunismo”, posición que ya no tiene a qué o a quién enfrentar, lo que implica, como postulan algunos autores, el término de la lucha ideológica. Si ello es así, lo que estamos experimentando es el fin de una manera de entender y de hacer política que tuvo una vigencia aproximada de dos siglos.

### **La ideologización de la política**

En efecto, la Revolución Francesa de 1789 inauguró un período histórico caracterizado por una siempre creciente ideologización de la política. De manera gradual y con múltiples tropiezos y retrocesos, fue ganando espacio la aceptación de la idea del reconocimiento del derecho a participación en asuntos políticos a sectores cada vez más amplios de la población de diferentes Estados. En la medida en que fue extendiéndose el fenómeno de la masificación de las sociedades, fue ampliándose el mencionado reconocimiento, y paralelamente fue también incrementándose la necesidad para los diversos movimientos y corrientes políticas de competir ante la “opinión pública” con mensajes sencillos, claros, atractivos, persuasivos, con el fin de lograr la adhesión masiva a sus particulares propuestas. A este proceso de “marketing”, como hoy lo calificaríamos, es a lo que llamo “ideologización de la política” (*Miranda*, 1990).

La manifestación más evidente de este fenómeno consistió en que ningún modelo o proyecto de organización social que pretendiera ejercer una efectiva influencia práctica pudo escapar a esta tendencia; ninguno pudo eludir el requerimiento de pre-

sentar sus doctrinas, esto es, su cuerpo de ideas, aspiraciones y valores a través de una formulación ideologizada.

La ideologización de un modelo de organización política opera a través de una especie de “traducción” a un lenguaje simple y directo de los principios teóricos que sustentan e inspiran el modelo. El objetivo último es lograr el apoyo activo de grandes multitudes, y ello no se obtiene en las masificadas sociedades contemporáneas con mensajes impecablemente racionales, sino más bien con mensajes que apelan a las emociones y pasiones de las multitudes.

Por cierto, la traducción simplificadora de un modelo teórico implica algún grado de tergiversación del modelo original. Éste puede quedar reducido a un pequeño repertorio de consignas llamativas, estimulantes, capaces de provocar el apoyo masivo al modelo propuesto. Con este objetivo, las ideologías apuntan más a la esfera pasional que al dominio de lo racional, ya que se trata de incitar a la movilización masiva y para ello es preciso disimular o silenciar sus dificultades prácticas; mostrar los posibles beneficios, pero ocultar los costos. Por esta razón, el enmascaramiento es mayor en el caso de las utopías; es decir, el grado de tergiversación ideológica es directamente proporcional al nivel de contenidos utópicos del modelo. Aunque estos procedimientos pudieran ser calificados como una banalización de la política, su eficacia práctica es indesmentible. El mejor ejemplo de dicha eficacia es el que proporciona el marxismo, la mayor utopía ideologizada que conocimos en el presente siglo, que logró concitar el incuestionable apoyo de grandes multitudes en amplios sectores del mundo.

### **La crisis de la ideología marxista**

Casi exactamente dos siglos después del inicio de este proceso de ideologización de la política, pareciera que hoy estamos asistiendo a su fin. Uno de los dos grandes sistemas ideológicos de este siglo se ha derrumbado abruptamente, víctima más de su

propio fracaso práctico que de una derrota propinada por los méritos propios de su rival.

En este sentido, 1989 aparece como un año clave en la historia política contemporánea. La relevancia y consecuencias de la alucinante sucesión de acontecimientos que se desarrollaron en los últimos meses de ese año, lo hacen comparable a 1789.

Una imagen recurrentemente utilizada para representar sintéticamente los eventos de 1989 es la de la caída del Muro de Berlín. Su destrucción física fue un hecho en sí mismo importante, pero ese suceso estuvo dotado de una aún más importante significación simbólica. La caída del Muro representó no sólo el fin efectivo de uno de los más fuertes “socialismos reales” que imperaron en varios países de Europa central y oriental en el período de la postguerra, sino que también constituyó el símbolo más llamativo del abrupto y casi simultáneo término de los otros regímenes socialistas impuestos en la región. Y por esta misma razón, es posible sostener que el mayor simbolismo involucrado en el derrumbe del Muro consistió en representar el colapso de la ideología que sustentó a dichos regímenes y que inspiró la base doctrinaria de partidos y movimientos revolucionarios de diversos lugares del planeta.

Sin embargo, la profunda crisis experimentada por la ideología marxista no necesariamente significa la muerte del marxismo, esto es, del conjunto de teorías sociales y económicas elaboradas por Marx. Precisamente por las razones antes señaladas, es decir, debido a que en su proyección a la realidad política las doctrinas de Marx debieron ser ideologizadas —tarea llevada a cabo principalmente por Lenin, pero también en alguna medida por Stalin— es que puede resultar prematuro y erróneo extender el definitivo certificado de defunción para las ideas de Marx. Si algo ha muerto en los últimos años ha sido el estalinismo y, posiblemente, también el leninismo. En otros términos, lo que ha muerto es la ideología socialista basada en ciertas doctrinas de Marx, interpretadas y adaptadas a la realidad por Lenin, y utilizadas por Stalin para justificar la implantación de su férrea dictadura

totalitaria. El fatal descrédito en que ha caído este modelo hace inconcebible su resurrección en el futuro previsible, pero ello no implica que hayan muerto las ideas de Marx ni menos aun los ideales del socialismo. El triunfalismo de ciertos liberales ante los sucesos de 1989 ya ha comenzado a ser desmentido con el sorpresivo resurgimiento de partidos neocomunistas en algunos países de Europa Oriental que expresan versiones más moderadas del viejo comunismo.

### **El auge del liberalismo**

El colapso de los llamados “socialismos reales” y el consecuente mortal desprestigio en que ha caído la ideología que los sustentó, pareció haber dejado al liberalismo sin adversarios viables que pudieran enfrentarlo. ¿Significaba esto el comienzo de una gran era liberal de alcances planetarios, como lo plantearon algunos teóricos? Para responder esta pregunta es necesario examinar los principios y valores liberales.

Los grandes pilares ideológicos del modelo liberal son la democracia en el plano político y el libre mercado en la esfera económica. El valor fundamental, común en ambos campos, es la libertad, entendida no como un principio abstracto, sino como la base indispensable para el desarrollo individual y que, por lo tanto, sólo tiene sentido en cuanto se encarna y manifiesta en los individuos. El respeto por el individuo y sus derechos es, pues, fundamental (*Hayek*, 1944).

Ya señalamos que, dada la ausencia de competidores ideológicos, en el momento actual el liberalismo pareciera estar extendiéndose rápidamente por el mundo. Sin embargo, esta percepción es errónea y exagerada, como lo ha mostrado recientemente Samuel Huntington en un penetrante y polémico artículo (*Huntington*, 1993). Huntington postula la existencia de unas ocho “civilizaciones” en el mundo actual, varias de ellas impermeables a los valores culturales de Occidente, entre éstos precisamente la democracia liberal. Pero aun dentro del propio Occidente y su esfera de influencia persiste una actitud bastante generalizada,

especialmente perceptible en ambientes intelectuales, de resistencia a aceptar los principios del liberalismo, tal vez por la razón antes sugerida: aparentemente, su triunfo no se debe tanto a sus virtudes propias cuanto a los errores del socialismo que precipitaron su autoderrota.

Ahora bien, debido a sus mismos contenidos, los principios y valores del liberalismo conforman una ideología blanda, flexible, abierta. Tanto es así, que hay quienes sostienen que el liberalismo no es ni puede ser una ideología. Como quiera que sea, el hecho indiscutible es que las propuestas liberales en ningún caso suscitan el fervor ideológico multitudinario, razón por la cual las sociedades en las que se impone suelen ser caracterizadas como sociedades “desideologizadas”.

### **¿El fin de las ideologías?**

Desde ciertas perspectivas, la situación descrita es considerada beneficiosa y es valorada como una de las virtudes del liberalismo. A mi entender, sin embargo, tales juicios desconocen el rol social positivo que han desempeñado las ideologías en el período histórico en el que ellas han prevalecido y que, acertadamente, ha sido llamado por Frederick Watkins “la era de la ideología” (Watkins, 1964). Por cierto, no ignoro los efectos perniciosos y hasta perversos que han tenido las luchas ideológicas y su alto costo en vidas humanas. No obstante, es preciso no olvidar que las ideologías han cumplido una importante función social en los dos últimos siglos. Ellas han sido los instrumentos que han posibilitado canalizar las aspiraciones y demandas de grandes colectivos humanos, a los que han proporcionado un sentido de pertenencia y cohesión, otorgándoles al mismo tiempo un cimiento de creencias sin el cual los hombres no pueden vivir. Todos los hombres necesitamos creer en algo para sustentar nuestras vidas y darles un sentido y una orientación. Desde esta perspectiva, no es impropio sostener que las ideologías sirvieron para llenar el vacío dejado por la pérdida de fe social viva en la religión.



Ahora sabemos que muchas de esas creencias ideológicas eran utópicas, engañosas o simplemente falsas. La lucha ideológica, tal como la conocimos y experimentamos durante el presente siglo, pareciera haber terminado, o por lo menos permanecerá interrumpida en el horizonte previsible.

¿Pero qué implicaciones puede tener el supuesto fin de la lucha ideológica?

La primera respuesta es que al dejar de existir la confrontación de ideologías rivales, al quedar en pie sólo un sistema ideológico, precisamente el más abierto y, por tanto, el más débil en cuanto tal debido a que se fundamenta en valores tales como la tolerancia y el pluralismo, la ideología misma en cuanto fenómeno social ha concluido su vigencia histórica. Ha terminado la era de los grandes sueños colectivos canalizados en proyectos globales, y comienza una era de pragmatismo individualista.

Un segundo tipo de respuesta, emparentado con el anterior pero aún más radical, postula que el término de la confrontación ideológica se debe al triunfo “definitivo” de la mejor ideología que los hombres han podido concebir, la que representa la culminación de las expectativas humanas (*Fukuyama*, 1992). Si ello fuera así, ya no tendríamos nuevos ideales o aspiraciones por los que luchar y, por lo tanto, habríamos llegado al fin de la Historia. La Historia es entendida en este enfoque como la lucha secular del hombre por acceder a mejores y más dignas condiciones para el desarrollo de su vida. Alcanzada la meta, la Historia se detiene, al no tener ya hacia dónde evolucionar.

Por cierto, esta hipótesis ha sido intensamente debatida. Una vida sin ideales es una vida sin sentido, lo que parece inconcebible e inaceptable. En tal caso, el nihilismo se convertiría en el temple anímico dominante y caería sobre nuestras vidas una espesa capa de aburrimiento y, como una manera de contrarrestarlo, nos entregaríamos probablemente a un consumismo hedonista y desenfrenado.

## La expansión de la democracia

Sin duda, constituye una curiosa paradoja que las sombrías consecuencias enunciadas se desprendan lógicamente de la euforia triunfalista de algunos liberales extremos. Y aunque no es posible desconocer ciertos indicios de manifestaciones en la realidad de las mencionadas tendencias, queda todavía un interminable camino por recorrer para la efectiva concreción universal de los ideales liberales.

Por otra parte, aun aceptando el supuesto de que éstos fueran insuperables, nada garantiza que una vez alcanzados, los hombres, usando precisamente su libertad, no puedan emprender un camino desviado o erróneo que los lleve a un “retroceso” histórico.

Pero ésas son especulaciones acerca del futuro. Por el momento, lo único cierto es que si bien puede haberse llegado a un amplio consenso —aunque éste carece de los alcances universales que algunos le atribuyen— respecto a la valoración de la democracia como el mejor régimen de gobierno, en cuanto posibilita en mayor medida que cualquier otro tipo de régimen el logro de los grandes ideales y valores políticos modernos, esto es, la libertad y la igualdad, sería ingenuo postular que estos ideales han sido plenamente conseguidos ni siquiera en las sociedades políticamente más avanzadas.

El paralelo rechazo, también de alcance casi universal, a toda clase de dictaduras, tanto de derecha como de izquierda, permite augurar la caída de la mayoría de las que aún subsisten.

Pareciera, pues, que estamos inaugurando un período histórico caracterizado por una expansión sin precedentes de la libertad. En el plano político, esto implica luchar por expandir al mundo entero la democracia por ser el tipo de régimen más adecuado para la expresión y el disfrute de la libertad.

Ahora bien, pocos discuten en la actualidad el alto prestigio

alcanzado por la democracia como sistema político. Sin embargo, quizás sea conveniente mantener una actitud precavida ante la verdadera magnitud de este aparente consenso universal, el cual, al menos en cierta medida, parece estar basado en el uso deliberadamente ambiguo del término "democracia". La ambigüedad permite que se la entienda de diversas maneras, lo que facilita los acuerdos formales, pero no destruye ni soluciona las discrepancias de fondo. Todos queremos la libertad, y por eso queremos la democracia que posibilita en el plano político el ejercicio de la libertad. Pero, ¿estamos todos igualmente de acuerdo en para qué queremos la libertad? ¿Estamos dispuestos a reconocer el mismo derecho a la libertad a los demás? ¿Tenemos conciencia de las implicaciones de la libertad, esto es, que ella no se agota en el plano político sino debe también manifestarse en otros campos, tales como el económico y, quizás de manera principal, en la esfera cultural?

En términos rigurosos, la libertad política, fundamento de la democracia, parece requerir como complemento necesario la libertad económica, y el sistema correspondiente a la democracia en este campo es el capitalismo, que funciona en base a la libre iniciativa individual, los incentivos y el mercado. Y aunque los dos sistemas son correlativos y deben retroalimentarse recíprocamente, es indudable que el prestigio de la democracia no ha alcanzado al capitalismo, cuyos detractores continúan siendo una avasalladora mayoría. Hay aquí una manifiesta inconsistencia cuya explicación puede ser la sugerida por Michael Novak, quien ha observado que siendo la mentalidad capitalista eminentemente práctica, rara vez se ha interesado por fundamentar teórica y moralmente sus procedimientos (Novak, 1982).

Pero este desinterés por la teoría no puede ser mantenido cuando las leyes del mercado parecen imponer por doquier su "cruel" dominio sobre hombres supuestamente inermes e impotentes ante la fuerza impersonal e inexorable de tales leyes. ¿Será esto así? Un somero examen acerca de las características de la sociedad civil, en cuanto esfera diferente y diferenciable de la sociedad política, y luego una breve reflexión acerca de las

necesidades humanas pueden proporcionarnos perspectivas diferentes a las que más corrientemente se manejan acerca del capitalismo y de esta manera quizás podremos quedar en condiciones de entenderlo mejor. Mi propósito en lo que sigue es, pues, contribuir a alcanzar una mayor comprensión acerca de este sistema económico y no, por cierto, emprender una apolo-gética de él.

### **La sociedad civil: ámbito de la libertad individual**

Hasta fines del siglo XVIII o comienzos del siglo XIX, la noción de “sociedad civil” era utilizada como equivalente a la de Estado, y destacaba la autonomía de las autoridades políticas frente a la tradicional influencia de la autoridad eclesiástica. Fue Hegel en su **Filosofía del Derecho** quien comenzó a emplear el concepto con el sentido con que ahora lo entendemos, esto es, para aludir a aquellos sectores y actividades de la vida social distintos y a veces contrapuestos al Estado (*Bernhard, 1993*).

Como fenómeno histórico, es posible remontar el origen de la configuración de la sociedad civil hacia fines del medioevo, cuando ciertos grupos sociales logran emanciparse de las restricciones del sistema feudal, y empiezan a desarrollar actividades comerciales independientes en las emergentes ciudades que fundan. Pronto aparecen los primeros gremios, que anticipan la creación de las múltiples asociaciones y organizaciones profesionales, laborales, políticas, culturales y otras, que gradualmente van conformando esa creciente esfera de actividades privadas dentro del espacio público que constituye la sociedad civil. Por cierto, este proceso de emancipación ha conocido momentos de retroceso y aun de anulación, como los ocurridos durante los periodos de absolutismo en los siglos XVII y XVIII y, principalmente, de totalitarismo en nuestro siglo.

Los sistemas totalitarios, en efecto, se caracterizan por la invasión del poder político en todos los ámbitos de la vida social. En tales sistemas, la sociedad civil no existe, o bien ha sido

absorbida por el Estado. Ninguna manifestación de libertad individual es permitida, lo que posibilita establecer una sociedad homogénea y fuertemente cohesionada bajo un orden social rígido. Sin duda, tales mecanismos de control pueden ser eficaces durante un cierto lapso de tiempo; sin embargo, como lo comprueba la experiencia reciente, esos mecanismos no pueden perdurar indefinidamente y, tarde o temprano, se hace necesario desarticularlos, ya sea por presiones provenientes de la base social, o bien, por decisión de la cúpula gobernante en procura de conseguir una mayor eficiencia productiva (*Gorbachov*, 1987). Así, los sistemas de planificación centralizada de la economía han terminado debiendo reconocer su fracaso, el cual, en último término, cabe atribuir a la constatación de que sus procedimientos son “antinaturales”, en el sentido que pretenden coartar o amputar la libertad, a la que por su propia naturaleza todos los hombres aspiran.

Para evitar los excesos del poder, los teóricos de la democracia moderna han cuidado de reservar en el diseño de sus modelos de orden social un espacio, de mayor o menor amplitud, para el ejercicio de las libertades individuales. Este espacio es el que conforma la sociedad civil, diferente del Estado, y autónoma frente a él. La sociedad civil está constituida por las múltiples instituciones y asociaciones que libremente crean grupos de individuos para promover o defender objetivos, intereses o valores de diversa índole: religiosos, culturales, económicos, gremiales, deportivos, ideológicos, etc. (*Gellner*, 1994).

La posibilidad de organizar este tipo de entidades se apoya sobre el principio de la libertad de asociación, la cual, en los regímenes autoritarios o semi-autoritarios, suele estar restringida sólo a ciertas áreas de la vida social. Por ejemplo, en esta clase de regímenes normalmente no se impide la libertad de cultos religiosos, y en muchos se permite el libre funcionamiento de actividades económicas y comerciales. Ahora bien, esta apertura, aunque sea limitada, ya implica el nacimiento de una sociedad civil autónoma, cuyo gradual desarrollo y fortalecimiento hará surgir presiones por una ampliación de la libertad a otras esferas. Los

casos de algunos regímenes militares latinoamericanos y, más notablemente, el de China en la década pasada, ilustran empíricamente la tendencia indicada.

En suma, la existencia de la sociedad civil independiente del poder del Estado es condición de la libertad, ya que la libertad conquistada en un sector de la sociedad parece hacer brotar inevitablemente la demanda de libertad en otros sectores. Si esto es así, la antes aludida expansión de la democracia —expresión política de la libertad— deberá ser acompañada en el futuro por una correlativa expansión de la libertad en la esfera económica (*Lipset*, 1960; *Diamond*, 1993).

### **El capitalismo y las necesidades humanas**

El capitalismo es el sistema económico más adecuado para la concreción de la libertad, ya que sus pilares fundamentales son la libre iniciativa personal y la libertad de mercados.

En el presente siglo, el capitalismo ha demostrado empíricamente ser un sistema productivo más eficiente que el socialismo, que pretendió desconocer la importancia del mercado instaurando un régimen de planificación centralizada que arrasó con todo tipo de iniciativa individual. La mayor eficiencia se manifiesta en la producción de más y mejores bienes con el objetivo de satisfacer la aspiración que parece formar parte de la naturaleza humana de lograr el mayor bienestar posible.

Quizás sea cierto, como algunos denuncian, que muchos de esos bienes son superfluos, y que la apetencia de consumirlos se debe sólo a una incitación artificialmente provocada por el poder de seducción manipulado con las técnicas artificiosas del **marketing**. ¿Pero es el hombre común tan fácilmente manipulable? ¿Acaso no hay en esta clase de críticas una escondida postura ideológica que disimula sus intenciones a través de esta sobrevaloración del poder de las técnicas publicitarias y la paralela subvaloración de las capacidades racionales y volitivas de los hombres? ¿No cabría acaso pensar, alternativamente, que si los

hombres efectivamente somos tan susceptibles de dejarnos persuadir y tentar por las ofertas de la publicidad, ello se debería a que los bienes ofrecidos quizás no son tan superfluos, ya que su finalidad es satisfacer nuestro anhelo de bienestar, que es una tendencia natural, y que, por serlo, constituye una necesidad?

En este punto es necesario distinguir dos tipos o niveles de necesidades humanas: las básicas, es decir, aquellas que precisamos satisfacer para sobrevivir; y las de bienestar, que se refieren a aquello que contribuye a la “buena vida”. Respecto de las primeras, sería concebible establecer una especie de catastro general de los bienes mínimamente requeridos para cubrirlas; pero respecto de las segundas existe una insalvable ambigüedad o indeterminación. Nuestras “necesidades de bienestar” de hoy ciertamente no son las mismas que existían a comienzos de siglo, por ejemplo. El desarrollo tecnológico ha puesto a nuestra disposición una enorme cantidad de bienes que contribuyen al logro de una mejor calidad de vida. ¿Es esto repudiable? ¿En base a qué criterio objetivo podría serlo? El argumento más recurrente que al respecto suele plantearse es que no todos tienen iguales oportunidades de acceder a esos bienes, lo que sin duda es efectivo. Pero también lo es que todos los índices sociales que miden la calidad de vida muestran notables avances en las últimas décadas. El verdadero problema es, entonces, el de la desigualdad en la distribución, pero no el de la necesidad de bienestar que todos tenemos.

En todo caso —y éste es otro problema de fondo—, ¿quién podría, y con qué autoridad, determinar para los demás los límites de sus necesidades de bienestar? La necesidad básica de bebida, por ejemplo, podemos satisfacerla bebiendo agua; pero es más placentero para algunos hacerlo bebiendo Coca-Cola; para otros, bebiendo vino u otros licores más sofisticados. ¿Por qué alguien habría de decidir qué es lo que debo beber si nadie puede saber mejor que yo qué bebida me proporciona mayor agrado?

En este punto aparece el mercado en su real dimensión y significado. El mercado es un instrumento propio de las socieda-

des libres ya que ofrece una diversidad de productos destinados a satisfacer nuestras necesidades tanto básicas como de bienestar. Como éstas pueden satisfacerse de diferentes maneras, dependiendo de la libre elección de los consumidores, en el mercado suelen emplearse variados mecanismos de persuasión o seducción, tales como la propaganda o la publicidad sobre la calidad, el precio y otras características de los productos ofrecidos.

Por cierto, conviene observar que las seducciones del mercado no se circunscriben a la incitación al consumo de bienes materiales superfluos. La mayor parte de las ofertas del mercado es de bienes que efectivamente facilitan la vida y la hacen más grata. Más aún, algunas posibilitan el acceso a dominios de la cultura reservados en el pasado a pequeñas minorías selectas.

Y aunque todavía hay quienes continúan condenando, moral o ideológicamente, al mercado, los hechos confirman que éste tiende a imponerse. Su victoria posiblemente no se debe tanto a sus virtudes intrínsecas como a la dura constatación práctica de que no puede ser artificialmente eliminado sin un grave deterioro de la economía, lo que termina perjudicando a toda la población.

Los más lúcidos intelectuales socialistas han reconocido esta realidad, y se encuentran en la tarea de readecuar sus propuestas dentro de marcos como el sugerido por el sociólogo brasileño Francisco Weffort, cuyos consejos se sintetizan en este elocuente texto:

En una época en que la economía capitalista es, de manera creciente, un fenómeno de alcances mundiales, los socialistas han de aprender a coexistir con las formas más avanzadas del capitalismo, si desean conservar los pies en la tierra y marchar hacia la modernidad. Pero no precisan identificarse, en sus valores y sus gestos, con el "alma" del capitalismo. Los socialistas deberían casarse con la democracia por amor, pero su unión con el mercado no debería ser más que un "matrimonio por conveniencia" (Weffort, 1994).



## ¿Hacia una expansión del capitalismo?

Tal vez la razón más decisiva del triunfo práctico del capitalismo sea que ha logrado cumplir sus objetivos con mayor eficacia que el socialismo. El antagonismo de ambos sistemas se expresa en los mecanismos preconizados por uno y otro para alcanzar un mayor desarrollo económico y, consecuentemente, un mayor bienestar para los miembros de la sociedad. El objetivo último es, pues, similar, y es de carácter eminentemente materialista, como lo son los dos sistemas.

Esto explica que la probabilidad de expansión del capitalismo aparezca reforzada por el creciente pragmatismo que de hecho ha ido ocupando en el ámbito de las aspiraciones masivas el terreno abandonado o perdido por los modelos ideológicos alternativos debido al desencanto sufrido por las grandes multitudes ante la percepción del fracaso de las ideologías utópicas.

La expansión del capitalismo y la democracia, sin embargo, no alcanzará la dimensión planetaria que algunos de sus apolo-gistas han pronosticado. Ambos sistemas son creaciones peculia-res de la cultura occidental y han podido consolidarse en gran parte de Occidente y en algunos enclaves de Occidente en el resto del mundo. También empiezan a extenderse en sectores de la periferia de Occidente, es decir, en algunos países de América Latina, pero difícilmente podrán propagarse más allá de estos límites. Dentro de ellos, sin embargo, es efectivo que existe un amplio consenso acerca de los valores democráticos, los cuales no parecen amenazados por enemigos ideológicos políticamente viables. Las polarizadas confrontaciones ideológicas del pasado reciente han desaparecido.

Por otra parte, el fracaso empírico de la ideología marxista y su cruelmente comprobado carácter utópico, han provocado una generalizada desconfianza por los “grandes proyectos” sociales; las expectativas y las metas son ahora más modestas y más de corto plazo. Con ello se ha aplacado el fervor ideológico, el que

ha sido sustituido por el pragmatismo, esto es, por la búsqueda de resultados concretos e inmediatos.

En conclusión, el fracaso de las ideologías con sus proyectos utópicos de instaurar un orden social perfecto, plenamente justo y racional, ha provocado la necesidad de un replanteamiento de las metas de la sociedad y de las finalidades prácticas de la política. Ya no se aspira a cambios globales y revolucionarios, sino a mejoras sectoriales y graduales. Se ha aprendido del duro lenguaje de la economía que todo beneficio social tiene un costo, el que debe ser financiado con recursos que siempre son escasos, lo que a su vez obliga a establecer prioridades y a postergar demandas y aspiraciones.

Esta invasión de las consideraciones económicas en la esfera política parece rebajar el nivel de la actividad política, cuyos proyectos ya no pueden persistir en el aval tradicional de estar orientados sólo por grandes ideas y valores, sino que deben enmarcarse dentro de las pedestres limitaciones presupuestarias.

Por cierto, el momento que actualmente vivimos y sus proyecciones sólo constituirán una etapa de la Historia que en algún futuro será superada o perdida. Por esta misma razón, menos aún cabe esperar en ningún futuro, ni cercano ni remoto, el fin de la Historia.

No obstante, en cuanto integrantes de la periferia de Occidente, parece ocioso discutir que hemos ingresado a un período de vigencia de la democracia en el plano político, el que ya comienza a ser acompañado en el plano económico por la imposición de hecho de las leyes del mercado propias del sistema capitalista.

Viviremos, pues, una etapa bastante opaca en el orden político, sin grandes ideales, ni luchas, ni sobresaltos revolucionarios. Desilusionados y escépticos ante los sueños ideológicos del pasado, nuestros principales intereses estarán volcados hacia el logro del bienestar material. Reitero, sin embargo, mi conven-

cimiento de que la situación presente no constituye más que un momento de transición que durará lo que tardemos en encontrar nuevos ideales políticos, religiosos o de cualquier tipo en los que podamos creer. Necesitamos creer en algo y nuestro más crucial problema actual es que pareciera que no existe objeto alguno que merezca nuestra fe.

### **Conclusión**

La situación descrita ha sido objeto de múltiples críticas, lamentos y rechazos desde las más variadas perspectivas. Tales condenas, sin embargo, no están exentas de una ambigua ambivalencia, y hasta de cierta dosis de hipocresía. No es una característica de la naturaleza humana la vocación por el ascetismo, sino, por el contrario, la inclinación más propia de la condición humana es hacia el logro de una “buena vida”. En otros términos, a diferencia de lo que ocurre con los animales y demás seres vivos, nuestra naturaleza nos impide satisfacernos meramente con sobrevivir y nos inclina a aspirar a vivir bien, al bienestar. Siendo esta aspiración natural, es también legítima, y entre los poquísimos hombres que pudieran escapar a ella, no se encuentran ciertamente los que hoy proclaman su rechazo moral al imperio del mercado, cuyas tentadoras ofertas azuzan las repudiadas tendencias consumistas dominantes.

Una actitud más consecuente y moralmente más eficaz, especialmente en el caso de los intelectuales que suscriben y alimentan las críticas a la situación actual, sería intentar buscar los principios éticos que pudieran enmarcar y orientar el comportamiento moral de los individuos dentro de una sociedad tradicional como la nuestra. De este modo no sólo estaríamos proporcionando algunas luces sobre el presente sino también contribuyendo a configurar un horizonte ético para los modelos de organización social que tras la actual transición emerjan en el futuro.

Si la valoración de la libertad continúa manteniendo su primacía, entonces el sistema político será de carácter democráti-

co y el sistema económico será de orientación capitalista. En el presente ensayo he mostrado la necesaria correlación entre ambas esferas, la cual puede tardar en concretarse en la realidad en algunas sociedades, pero todas las tendencias apuntan a su confluencia. Sin embargo, para lograr eficacia y estabilidad un sistema libertario no puede apoyarse sólo en los dos pilares indicados, sino que, como lo ha señalado Michael Novak, se requiere de un tercer pilar que nutra a los anteriores, y al que este autor llama "sistema moral-cultural" (Novak, 1982). El eventual fortalecimiento de este sistema es tarea de un proceso educativo orientado a formar un "espíritu democrático", a entender la democracia no sólo como un régimen político, sino como un "modo de vida". Esta vieja recomendación de raigambre aristotélica adquiere particular relevancia en nuestro momento histórico. La conformación de una cultura democrática no necesariamente implicaría la formulación de una nueva ideología, pero sí podría contribuir significativamente a superar el actual vacío ideológico, al proporcionar un fundamento ético tanto a la democracia como al capitalismo.

## REFERENCIAS

Bernhard, Michael (1993), "Civil Society and Democratic Transition in East Central Europe". *Political Science Quarterly*, 108: 2.

Brzezinski, Zbigniew (1980), **El Gran Fracaso. Nacimiento y Muerte del Comunismo en el Siglo Veinte**. Buenos Aires: Javier Vergara Edit.

Diamond, Larry (1993), "Reconsideración del nexo entre desarrollo económico y democracia". **Estudios Públicos** N° 49.

Fukuyama, Francis (1992), **The End of History and the Last Man**. New York: The Free Press. Traducción española: **El fin de la Historia y el último hombre**. Buenos Aires: Editorial Planeta. 1992.

Gellner, Ernest (1949), **Conditions of Liberty: Civil Society and Its Rivals**. London: Penguin.

Gorbachov, Mijail (1987), **Perestroika. Nuevas ideas para nuestro país y el mundo**. Buenos Aires: Emecé Editores.

Hayek, Friedrich A. (1990), **Camino de servidumbre**. Madrid: Alianza Editorial. Edición original: *The Road to Serfdom*, 1944.

Huntington, Samuel (1993), "The Clash of Civilizations?" *Foreign Affairs*. 72:3.

*Lipset, Seymour Martin* (1960), **Political Man. The Social Bases of Politics**. New York: Doubleday / Anchor Books. Traducción española: **El hombre político. Las bases sociales de la política**. Buenos Aires: Eudeba, 1963.

*Miranda, Carlos* (1990), "Las ideologías y su función social". **Política**, N° 24-25

*Novak, Michael* (1982), **The Spirit of Democratic Capitalism**. New York: Simon & Schuster. Traducción española: **El espíritu del capitalismo democrático**. Buenos Aires: Edit. Tres Tiempos, 1983.

*Watkins, Frederick M.* (1964), **The Age of Ideology, Political Thought, 1750 to the Present**. Englewood Cliffs, New Jersey: Prentice Hall. Traducción española: **La era de la ideología**. Buenos Aires: Editorial Troquel, 1970.

*Weffort, Francisco C.* (1994), "El futuro del socialismo". **Estudios Públicos**, N° 54.